

diciéndole que esperaba á entrar y hablar á su Señoría, el indio que otras dos veces había venido, que traía en la tilma un presente de rosas y flores, por su buen olor y por lo que él decía verdaderas, pero á la experiencia y tacto pintadas ó tejidas en ella, y que les parecía era cosa admirable.

Mandó el Obispo que entrase. Entró, y haciendo su acatamiento con humildad, reverencia y devoción, refirió lo que después que se apartó la última vez de su presencia, había pasado por él; cómo aquella tarde misma, (que fué cuando le perdieron de vista los criados) había estado en el cerro con la Señora, y Ella mandándole volviese allí al día siguiente en que le daría la señal para que fuese creído; que habiendo salido con propósito de ejecutarlo así, había hallado á su tío Juan Bernardino mortalmente enfermo, con que por asistirle y traerle médico, no había ido al cerro el día señalado; que el otro día, (que era el presente) había salido á buscar un confesor, y que habiendo echado por diferente camino para no encontrar se con la Señora, al pasar por el otro lado del cerro no le había valido su traza, porque en él le había salido al encuentro la Señora, oídole y admitíndole con benignidad sus excusas, y mandándole coger aquellas flores, traerlas á su Señoría en su nombre, como prenda y señal de que era su voluntad que le fabricase Templo en el sitio que otras veces le había dicho; que allí las traía en su manta, y que aquellas eran.

Descubriéndolas, y soltando los dos cantos del extremo de la tilma en que estaban, arrojó sobre la mesa que tenía allí cerca, un vergel abreviado de flores, frescas, olorosas, y todavía húmedas y salpicadas del rocío de la noche, las cuales descubrieron, ¡oh maravillas de Dios! pintada en ella la Santa Imágen de la VIRGEN MARIA, Madre de Dios, que hoy se guarda y conserva como un precioso tesoro del Cielo, en su Santuario de Guadalupe de México. Descubierta la milagrosa Imágen en la forma y talle que diré después, se arrodilló el Obispo, y con él todos los presentes; y llenos de admiración, piedad y afectos de devoción, que les rebozaban por los ojos en tiernas y copiosas lágrimas, la adoraron y pidieron su amparo y patrocinio para sí, para toda la Ciudad, y Reino de Nueva España, estando en pie el indio con su tilma pendiente del cuello, para que se viese mejor la Imágen. ¿Cuáles serían los afectos del dichoso Prelado y de los demás circunstantes? ¿Cuántos los júbilos del venturoso Juan Diego, viendo con una señal tan prodigiosa, y con un prodigio tan señalado, desempeñada su palabra y calificado su mensaje? ¡Discúrralo la piedad de quien esto leyere, que no hay palabras que basten á explicar lo que obra la consideración de este milagroso caso en el pecho!

Después de buen rato gastado en la admiración de tan soberano objeto, se levantó el Ilustrísimo Prelado, y con devoción y respeto desató el nudo del cual estaba pendiente la manta en el cuello de Juan Diego, y llevando en ella la Santa Imágen, la puso en su Oratorio, adornándola, según permitió la brevedad del tiempo, con la decencia y aseo que pedía Señora de tal grandeza y visita de tanto porte, haciéndose por entonces depositario de aquella milagrosa reliquia.

CAPITULO VII.

Aparición quinta de la Santísima Virgen, á Juan Bernardino.

Todo aquel día de la milagrosa Aparición de la Santa Imágen, detuvo y entretuvo el Sr. Obispo á Juan Diego en su casa, regalándole y agasajándole como á instrumento de la dicha que aquel venturoso día se le había entrado en ella sin pensarlo. Al siguiente, le llevó en su compañía y de otras personas de autoridad, para que le mostrase el sitio que la misma Virgen señaló y escogió para que se le edificase Templo. Vieron el cerro, subieron á la cumbre, notaron y besaron el lugar donde estuvieron sus sagradas plantas las tres veces que se apareció en ella; bajaron al sitio donde le salió al encuentro al indio, cerca del pozo, que era junto á un árbol que llaman los indios *Quauhtzahuatl*, del cual, hasta los tiempos del Lic. Luis de Becerra Tanco, que murió el año de 1,672, había memoria en el tronco y raíces, que aún permanecían [y debía ser eterno, si como hay en los mexicanos piedad para venerar este prodigio, hubiera curiosidad de guardar sus señas] y puestas señales en todos ellos, dió el Prelado orden que con él [Juan Diego] pasasen algunos criados suyos de más satisfacción, á ver y á averiguar la milagrosa salud que decía haber dado la Virgen á Juan Bernardino, su tío, y que se informasen con buena diligencia del caso para más autoridad del principal milagro; y siendo así, lo trajesen á su presencia para examinarlo por sí mismo, y tomar inmediatas noticias de todo lo sucedido. El Prelado se volvió á México, y ellos pasaron al pueblo y á la casa de Juan Diego, y llegados á ella, los salió á recibir Juan Bernardino á la puerta, y no menos se admiró el sobrino de ver á su tío bueno, habiéndole dejado el día antecedente deshauciado, que el tío de verlo á él con tan lucido acompañamiento de españoles y tan honrado de los criados del señor Obispo. Preguntóle la causa, y habiéndole contado Juan Diego todo lo hasta aquí referido, en especial cómo la Santísima Virgen le había asegurado de su salud, y que por esa causa no prosiguió en busca de

sacerdote que le administrase los sacramentos, le dijo: que á informarse de la verdad de su milagrosa sanidad, venían los que le acompañaban; que les contase puntualmente lo sucedido.

Juan Bernardino entonces se afirmó en que había pasado así, y que á la hora misma que se lo había revelado á su sobrino la Virgen, la había visto él á su cabecera, en aquella forma y traje que contaba se le había aparecido y pintado en su Santa Imágen, y le había dado entera y perfecta salud, y mandándole refiriese al Obispo cuánto había pasado por él, y que le dijese de su parte, que cuando le edificase el Templo, y colocase en él su milagrosa Imágen, le llamase SANTA MARÍA VIRGEN DE GUADALUPE. Testificaron con él los parientes y domésticos el extremo en que le habían visto, y en que Juan Diego le había dejado sin esperanzas de vida, y cómo en un instante le vieron bueno, y le oyeron contar lo mismo que les acababa de referir. Y á la verdad, eran argumento de mucha persuasión, las vivas y puntuales señas que daba del talle, rostro y traje de la Santísima Virgen, que hacía creer se le había aparecido el original de la Santa Imágen de Guadalupe; porque sin haberla aún visto, la describía y pintaba tan conforme á su milagroso retrato, como si lo tuviera delante de sus ojos. Alabaron todos á Nuestro Señor, y dieron muchas gracias á la Santísima Madre por aquella nueva maravilla, que con las demás, era eficaz apoyo del principal prodigio. Y volviendo con los dos venturosos indios, tío y sobrino, á la presencia del Ilustrísimo Señor Don Fray Juan de Zumárraga, hicieron los enviados puntual relación de su viaje y diligencias en él, de que aunque se contentó, pero para mayor satisfacción suya, examinó á Juan Bernardino otra vez, y de él oyó todo lo declarado; y él le dió tan buena razón en sus preguntas, que quedó enterado y satisfecho de la verdad de la aparición y milagrosa salud que le había dado la Santísima Virgen.

Esta es, en substancia, la relación sincera y ajustada de este prodigio que se dignó Nuestro Señor obrar en aqueste distante Reino, tan á los principios de su conquista y predicación en él del Santo Evangelio, para gloria suya, honra de su Madre, y bien de todos los moradores de él: cuya verdad y crédito constante procuraré fundar en adelante, no tanto para los de México y Nueva España, que en la Santa Imágen que gozan y en las maravillas que en ellos obra, tienen el apoyo más auténtico de ella, cuanto para los Reinos lejanos y para las naciones extranjeras á que ha llegado con asombro la noticia del portentoso, y han echado ménos en los historiadores primeros de aqueste Imperio, una novedad tan prodigiosa, y desean saber los fundamentos de ella y las causas de haberla omitido.

§ UNICO.

No me ha parecido pasar al capítulo siguiente, sin notar en aqueste párrafo algunas cosas que conducen á la verdad mi narración. Sea la primera, que lo que hasta aquí he referido, es la substancia de las apariciones de la Señora, siguiendo al Lic. Miguel Sánchez, que fué el primero que la sacó á luz en la imprenta, y á quien han seguido después, el P. Eusebio Nieremberg en sus "Trofeos Marianos," el Atlante Mariano, el P. Juan de Alloza, el P. Fray Miguel de León, el P. Mateo de la Cruz, y el R. P. Fray Antonio de Santa María, á quienes citaré después.

Esto he notado, porque quien hubiese leído el Sufragio del Lic. Luis de Becerra Tanco, que presentó en las informaciones que de la tradición de este milagro se hicieron el año de mil seiscientos sesenta y seis, no extrañe alguna diferencia que hay en contarlas entre dichos autores y éste, porque aunque en las palabras la hay, no la hay en la substancia. La causa de esta diferencia, se originó de que el Lic. Miguel Sánchez y los que le siguieron, tomaron la historia de la tradición de padres á hijos; y en las tradiciones no escritas, siempre hay diferencia en las palabras; en unos más concisión y brevedad que en otros, según los genios y los ingenios que las escriben, en que va á decir poco si la substancia de la verdad se observa.

El Lic. Becerra la cuenta en su Sufragio, que imprimió el Canónigo Don Francisco de Siles el año de mil seiscientos sesenta y seis la primera vez, y la segunda, el Doctor Don Antonio de Gama, el de mil seiscientos setenta y dos; y en ambos escritos, en especial en el último, profesa seguir los de las historias de los indios, que en la de la milagrosa Aparición se mostraron más curiosos, si no más devotos que los españoles, porque la escribieron con las formales palabras de los razonamientos de la Señora á Juan Diego y de Juan Diego á la Señora; y la causa, dice, que tradujo fielmente las palabras mexicanas, y añade, que quitar de ellas cualquiera cosa, es detraher la verdad de la Historia.

A esto digo, que con licencia suya, hicieron muy bien los sobredichos autores en no ceñirse literalmente á las palabras y frases mexicanas, porque éstas, en su idioma, suenan bien á los que lo entienden, y vueltas en nuestro castellano, degeneran y desdican del decoro y decencia que en el mexicano les dan las partículas reverenciales propias de aquesta lengua, que no tiene la nuestra castellana, y así salen las palabras tan nimiamente afectuosas, que parecen irreverentes y no dignas de la magestad de la Señora que las habló, y del respeto de Juan Diego cuando las dijo. En el mexi-

cano, como lo afectuoso y tierno de ellas, está embebido en lo reverencial del estilo de la lengua, suenan bien, y causan á un tiempo respeto y amor. Esto, baste apuntarlo por ahora.

Sea la segunda, que algunos curiosos han deseado saber en qué parte ó casa de México se apareció esta Sagrada Imágen; y yo, por satisfacer á su devota curiosidad, respondo: que de cierto, no se sabe, como otras cosas más esenciales de la Santa Imágen; pero hay tradición, que en las casas de Don Juan de Castilla, que hoy son de los señores Condes de Santiago, y son las mismas en que vive el Contador Don Antonio de Noroña. Comunicó esta noticia al Lic. Luis de Becerra Tanco, Don Fernando de Alva, cuyo nombre tendrá muchas veces lugar en esta Historia, por ser tan benemérito de las noticias públicas de este Reino, que se conservan por su diligente investigación. Este, con ocasión de ser intérprete, ó *nahuatlato*, (que así lo llaman en su lengua los mexicanos) del Juzgado de Indias, tuvo estrecha comunicación con el Lic. Don Juan Alvarez, Oidor de la Real Audiencia y Protector de los naturales; el que alcanzó muchos indios y españoles, que ó vivían cuando sucedió el milagro, ó fueron hijos, ó parientes y amigos de los que lo alcanzaron. De ellos refería, haber sabido vivía el Ilustrísimo señor D. Fray Juan de Zuñárraga, en dicha casa, (ó por mejor decir, era su casa en el sitio de ella, que entonces no estaría labrada la que hoy es) y que tenía la sala de recibimiento, en aquel cuarto que cae á la calle que llaman de "los Donceles," donde es lo más probable que recibiría á Juan Diego en todos los mensajes que le trajo de la Virgen, y finalmente, en el último en que le trajo las flores, y al descubrirlas se apareció la Imágen que hoy tenemos y adoramos en su Santuario. A esta causa, conjeturo yo, que dicho Oidor vivió tantos años en dicha casa, no sólo por conveniencia, sino por devoción, tanto, que por el mucho tiempo de su conmoración en ella, no la conocían por el nombre de sus dueños, sino por el del Oidor Don Juan de Alvarez, áun después de él muerto. El Lic. Becerra asistió con tanta fineza á esta tradición, que tuvo y obtuvo palabra del Conde Don Fernando Altamirano, el segundo de este nombre, y tercero del estado, de que le permitiría hacer una capilla en dicho cuarto, en memoria de tan prodigioso caso. Su muerte atajó sus santos intentos. ¡Quiera Dios que alguno les dé cumplimiento, siquiera erigiéndola interior para los domésticos de la casa!

Con esto, paso á mi Historia.

CAPITULO VIII.

Colocación de la Santa Imágen en su Iglesia primera de Guadalupe.

Por seguir el hilo y consecuencia de la historia, quiero, antes de asentar los fundamentos que la hacen indubitable, escribir la colocación de esta Santa Imágen, en el sitio, aunque no en el Templo en que hoy se venera, porque se fabricó mucho después. La publicación del prodigio, y la fama de la extraordinaria belleza de la Imágen, excitó al pueblo en deseos de tenerla en lugar público y patente, para verla y adorarla más libremente. No era menor el del piadoso Prelado, de cumplir con la obligación de edificarle Templo, en que lo tenía empeñado la Santísima Virgen con la evidente señal que le había dado de que era esa su voluntad; y sabiendo que quien da luego lo que debe, lo da dos veces, puso manos á la obra sin dilatarlo; hizo sacar de cimientos una Iglesia (para aquellos tiempos en que no había tanta disposición de fabricar como ahora) competente, y en pocos días, supliendo el fervor de su devoción muchas faltas de materiales y artífices, la acabó y aliñó con el adorno que pudo y permitió la brevedad y la indisposición del tiempo. Erigióla, no en el lugar en que se apareció la Virgen á Juan Diego las tres primeras veces, que por ser en la cumbre del cerro, pareció arduo á la subida y destemplado por la fuerza del cierzo ó norte que en ella sopla sin resguardo ninguno, sino en lo bajo de la falda, en el mismo camino y paraje en que se le apareció la última vez y le dió señal de las flores, por estar más resguardado del viento y más acomodado para los que fuesen á visitar la Santa Imágen.

En el interin que se acababa la obra, por condescender á los piadosos deseos de la Ciudad, la sacó de su Oratorio y Palacio, lugar solariego de su milagroso nacimiento, y en procesión la llevó á la Iglesia Catedral, concurriendo á deseo y á devota curiosidad todo el pueblo, por ver y admirar tan milagroso objeto. Estuvo allí presente hasta que la Iglesia de Guadalupe se acabó. Luego que estuvo en disposición de trasladarse á ella, consultó el Obispo á los dos Cabildos, Eclesiástico y Político, y de parecer de ambos, señalado para su traslación el segundo día de Pascua de Navidad, quince días después de la Aparición de la Santa Imágen, se previno procesión general para colocarla solemnemente.

Dispusiéronse los mexicanos, así españoles como naturales, que entonces eran en número crecido, para acto de tanta piedad, con la decencia que en aquellos rudimentos de México se pudo, en los cua-

les, aunque había más riqueza, pero no los esmeros de alhajas y curiosidad, en que hoy, sin dejarse igualar de muchas, no rinde parias á las ciudades más lucidas de Europa. Galas, luces, músicas, danzas, en particular de los indios, que aún conservaban los ricos y vistosos adornos de plumería de que se ataviaban en sus mitotes, que así llaman á sus bailes. Con este aparato salieron de México el Ilustrísimo Obispo, la Clerecía y Religiosos que entonces aún no eran muchos, el Cabildo secular con su cabeza, llevando la milagrosa Imágen debajo de palio ricamente aderezado.

Llegaron á la nueva Iglesia de Guadalupe; bendijola y dedicóla el Prelado, santificándola con el depósito y posesión de la Venerable Imágen, que desde aquel día quedó en aquel sitio con nombre de la VIRGEN DE GUADALUPE, como lo mandó la Señora, y su Patronato anexo á la dignidad Obispal, (que poco después fué Arzobispal) y hasta este tiempo lo conservan y gozan como suerte del Señor y de la Señora, sus Ilustrísimos sucesores.

En esta Iglesia la adoró y veneró la piedad mexicana casi noventa años, frecuentando las visitas devotas, así de la Santa Imágen como de los sagrados lugares santificados al contacto de las Sagradas plantas de la Madre de Dios, correspondiendo esta Señora á sus piadosas finezas, con milagros que obraba y beneficios que recibían, hasta que el agradecimiento y la devoción juntó tan buena cantidad de limosnas, que hubo con qué edificar otra Iglesia, que bendijo y dedicó el Ilustrísimo Señor Don Juan de la Serna, Arzobispo de México, por el mes de noviembre del año de mil seiscientos y veinte y dos años. Esta es la que permanece, plantada á poca distancia de la primera, teniendo al cerro por resguardo del cierzo. Es de bastante capacidad y de hermosa arquitectura, con dos puertas, una que mira al poniente, por un costado, y sale á un espacioso cementerio, hermoso su muro de almenas, el cual por aqueste lado tiene una entrada capaz y desahogada que mira á la plaza, con una bellísima Cruz de cantería que hace labor en ella. Otra al mediodía, que tiene casi enfrente á México, con su portada y dos torres que acompañan vistosamente su arquitectura. El techo es de media tijera, de artezones curiosamente labrados, con más esmero en la Capilla Mayor, que es una piña de oro, donde estaban pendientes más de sesenta lámparas de plata, grandes y pequeñas. El Altar Mayor, á la parte del norte, tiene su Retablo de tres cuerpos, en la escultura de buen arte, en lo dorado y estofado de todo primor. En medio de él está un Tabernáculo de plata macisa, de más de trescientos y cincuenta marcos de peso, cuya materia, con ser tanta y tan preciosa, cede á los primores del arte con que está labrado. En este está colocada la Santa Imágen, debajo de puer-

ta y llave; y es la puerta de dos bellas lunas de cristal, tan grandes, que cogen la Imágen de pies á cabeza, además de dos ricos velos ó cortinas con que está retirada á la vista cuando no se dice Misa en el Altar Mayor, ó cuando no hay personas de respeto que para velar ante Ella piden se corran, y entonces se encienden las luces del Altar para mayor adorno y reverencia. Costeó en gran parte este rico Tabernáculo, y ofreciólo á la Madre de Dios, la piadosa generosidad del Excelentísimo Señor Don García Sarmiento de Soto Mayor y Luna, Conde de Salvatierra, uno de los más acreditados y celosos Virreyes que ha tenido la Nueva España, y de los que más se han esmerado en el culto y veneración de este Santuario. Y creemos le valió el patriocinio de esta Señora, en los amagos de otra inundación que se temió con mucho fundamento en su tiempo, por haber llovido demasadamente, y haber roto los husillos y compuertas de las calzadas de las lagunas superiores, la pujanza del agua de ellas, y ocupado los arrabales de México su creciente; el cual, como á Patrona jurada contra las avenidas de la laguna, le ofreció y dedicó este Trono, como reconocimiento y memoria de su gratitud.

Otras ricas y curiosas preseas, de frontales de plata, y de brocados, blandones, candeleros, cálices, lámparas y demás alhajas de altar, han presentado otros Virreyes, Arzobispos y Señores, así eclesiásticos como seculares, que describiré en otro lugar por menudo, al ménos los más relevantes, porque no falte la memoria agradecida de los que por esas y otras buenas obras, creemos piadosamente tiene Dios escritos en aquel su libro de memoria eterna en que están escritos los justos.

CAPITULO IX.

De los otros sitios que santificó la Virgen con su presencia.

Los demás lugares que consagró la Santísima Virgen con sus plantas, aunque no tienen tan suntuoso adorno como el que ocupa la Iglesia, y que eligió para su milagrosa Imágen la misma Señora, pero están con la decencia que pide la religiosidad de aquel venerable sitio. El en que entregó las flores á Juan Diego, y fué donde se erigió la primera Iglesia, estuvo mucho tiempo con solos unos paredones viejos, reliquias de ella, y que sólo servían de acordarnos que allí había estado la Santa Imágen, y dado en él la Soberana Virgen principio á su maravillosa pintura, hasta que el Lic. Luis Lazo de la Vega, (de quien he hecho debida mención otra vez) siendo Cura y Vicario del Santuario, labró á costa de los indios y á diligencias suyas, en él una Capilla, ó Iglesia pequeña, hermosa.